

LA CENSURA,

REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA EL EDITOR Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

TEOLOGIA.

EXAMEN DEL CURSO DE INSTITUCIONES TEOLÓGICAS DEL ARZOBISPADO DE LEON CONOCIDAS BAJO EL NOMBRE DE TEOLOGIA LUGDUNENSE.

Continuacion de este opúsculo.

13. En el tomo 5.º, disertacion 2.ª, artículo 2.º abusa tambien de un modo vergonzoso de la autoridad de santo Tomás. ¿Quién de los jóvenes á quienes se propone instruir en la doctrina sólida y verdadera, al ver que por la doctrina que allí sostiene cita cuatro veces á santo Tomás, una en la pág. 538, otra en la 539, luego en la 540 y últimamente allí mismo al terminarla, no se persuadirá que el santo le favorece? Pues es tan al contrario, que á diferencia del lugar segundo (*lect. 3, epist. ad cor., cap. 16*) que tampoco le favorece, ya porque no habla allí el santo de intento, y ya por la repeticion con que habla, en los tres restantes dice todo lo contrario que el Lugdunense dando su doctrina por entero y diciendo lo que este autor. Léase al santo en el primer lugar que de él cita, y en el argumento *sed contra* se verá que no hay cosa mas terminante contra el Lugdunense: lo mismo notará en el cuerpo del artículo; y lo que es mas, aun en la respuesta que alega á su favor si se lee entera y no truncada como la cita.

14. En el cuarto lugar que alega del santo doctor, se verá tambien cuán contrario es al Lugdunense si se lee todo el artículo. De él solo se sacará que á una obra *no imperada por la caridad* le falta una perfeccion de otro género que la mejora; pero que la omision del orden de la caridad no priva á la operacion de aquella perfeccion moral que le conviene por su esencia. En prueba de esto véase á Cayetano en estos dos lugares, quien previene la cautela y cuidado sumo que debe haber para no tropezar, como lo hace el Lugdunense, en aquellas palabras del santo doctor: *sine charitate deest debita ordinatio ad finem ultimum.*

15. Otra cosa fuera si con las autoridades de santo Tomas quisiera probar el Lugdunense que supuesta en una obra ó accion la bondad moral por falta de caridad no es meritoria en el orden sobrenatural, no es perfecta *omni-*

bus modis, carece de una perfeccion accidental distinta de la que le compete por su bondad ú honestidad natural, y está privada de la bondad teológica para explicarnos asi. Pero el Lugdunense alega truncadas las autoridades del santo para quitar toda bondad aun moral á las acciones hechas sin caridad y cubrir asi una máxima peligrosa con su autoridad.

16. El tercer lugar que cita (*lect. 3, capítulo 3, epist. ad colos.*) está alegado con la misma malicia. ¿Por qué no prosiguió hasta acabar, y nos sacaria de la confusion y obscuridad que nos causa con sus palabras?

17. El mismo defecto comete en la disertacion *de gratia*, p. 16, tom. 3, en donde alegando las palabras del mismo santo doctor sobre el cap. 6 de la carta á los romanos v. 14 llega hasta las que suenan como las suyas. Pero dejó las siguientes: *Hanc autem gratiam facientem homines liberè legem implere non conferebant legalia sacramenta; sed conferunt sacramenta Christi.* Estas palabras manifiestan que el santo doctor habla de la *gracia habitual*, que es el propio efecto de los sacramentos, la cual con los auxilios que despues le siguen se va perfeccionando y arroja el temor. Por callarlas el Lugdunense quiere hacer hablar al santo de la *gracia actual* y que diga que carecemos de ella enteramente si no recibimos los sacramentos. Estos artificios usa para ir afianzando sus máximas peligrosas. Es ademas constante, y lo confiesa el mismo Lugdunense en este tomo, p. 552, y en el tomo 4.º, p. 326, que en el nombre de *gracia con dileccion* entendió siempre el santo doctor *gracia habitual* y tambien en el nombre *caridad* porque supone la gracia santificante. Pues ¿por qué cuando alega el lugar de que ahora tratamos, entiende *gracia actual* en la *gracia que arroja el temor*?

18. En la p. 398 llegando á la cuestion *Utrum Christus pro omnibus eo sensu mortuus sit quòd ejus mortis meritum omnibus nullo excepto applicetur*, y resolviéndose por la parte negativa abusa del catecismo del concilio (*part. 2 de sacram. Euch. n. 24*) violentando el sentido y la aplicacion. Si hubiera acabado de leer y citar sus palabras desde

aquellas: *Rectè ergo factum est etc.*; hubiera visto que no habla del mérito de la pasión, sino del fruto de la salud eterna, el cual es cierto que no se aplicó á todos.

Del modo que tiene en abusar de S. Agustin haremos después artículo separado. De todo esto se infiere claramente la poca sinceridad del Lugdunense, y resulta una vehemente sospecha de que no solicita la instruccion sólida como afecta.

ARTÍCULO V.

Se convence al Lugdunense de apasionado en varias doctrinas con peligro de la juventud.

19. Otro argumento de su poca sinceridad que convence tambien que no se ha propuesto en su curso la sólida instruccion de la juventud, sino otros fines peligrosos, es la desigualdad con que la instruye en unas materias y en otras no. Omitiendo otras pruebas de esta verdad vengamos al misterio de la immaculada Concepcion de María Santísima. Tratando de este en el tomo 6, p. 634 se cubre diciendo que en él solo hace de historiador, proponiendo por una y otra parte el estado y razones de las dos sentencias; pero bien sabe que el historiador debe ser ingenuo y desinteresado refiriendo las cosas como son sin callar por pasión cosa alguna de las que conducen para quedar entendido el lector de la verdad de la historia. Pues ¿por qué establece con tanto cuidado la sentencia de la contraccion del pecado sin oponer casi nada á sus fundamentos? ¿Por qué trata con flojedad la contraria debilitando las razones con que la defiende con aquellas indirectas: *Respondent alii; sed thomistæ respondent etc.*? ¿No se deja conocer aquí claramente que su sentencia favorita es la primera y la que quiere que lo sea de sus lectores? ¿Es esto hacer de historiador desinteresado?

20. Aun pudieramos inferir de esta conducta apasionada que el fin del Lugdunense era debilitar la universal veneracion del misterio dejando armado á su discípulo de todo género de argumentos que le contradicen, para irle así acostumbrando á mirar con poca atencion la piadosa creencia de la iglesia y despues sus bulas y decisiones y á despreciar como fanático y sacrilego (*asi lo dice Tamburini*) el voto ó juramento universalmente aceptado en la cristiandad de confesar y defender el misterio: con lo que conseguirá que se forme igual juicio del juramento á que fueron obligados los jansenistas por la santa sede en la suscripcion á las condenaciones de su maestro.

21. Y siendo cierto tambien que los jansenistas estan bien persuadidos de aquel principio: *Convieni dividir para reinar (Polit. secr. med. 3.º)* del que han usado en repetidas ocasiones, acaso hablando el Lugdunense del modo que hemos dicho del misterio de la Concepcion, intenta renovar las controversias ruidosas

que han dividido las escuelas sobre el punto, para que acaloradas en él se desentiendan de atajar el veneno oculto del jansenismo; sacando así este partido de estas turbaciones la ganancia que el pescador en las avenidas de los rios.

22. Cuando trata del modo de propagarse el pecado original, sucede poco mas ó menos lo mismo que con el misterio de la Concepcion. Dejamos á un lado que su modo de hablar ya hace admitir el pecado y ya no admitirle. Es verdad que antes en el tomo 6, p. 631 ha hablado de la contraccion del pecado como verdad católica; pero tambien es de notar que los enemigos de la iglesia saben muy bien plantar con una mano y arrancar lo plantado con otra. Reprobadas todas las sentencias que hay sobre el modo de propagarse, por razones de santo Tomás de que antes se valió S. Agustin, va á parar al inconveniente, que acaso es el que abraza, aunque aparenta huirle, de que *Dios imputa el pecado*; que es lo reprobado en los sectarios. Decimos que acaso le abraza, aunque aparenta huirle, porque no se aquieta con la grande autoridad de S. Agustin y santo Tomás, que supuesta la verdad católica de la propagacion del pecado é investigando el modo con que se hace, no desapruaban la primera sentencia bien entendida. No propone otra mejor el Lugdunense; pues ¿por qué deja en el ánimo del lector varios recelos de ellas? ¿Por qué la desprecia contra la autoridad de San Agustin y Santo Tomás sino para dejar sin luz á sus discípulos, á quienes debia ilustrar en un punto tan delicado? Porque la razon en que se funda dicha sentencia no alcance á explicar enteramente la contraccion del pecado, no basta; porque lo mismo sucede con ella en los demas misterios, en los que no alcanza á manifestarlos claramente, sino á declarar su congruencia y dar razon de sus efectos.

ARTÍCULO VI.

Se examina la biblioteca que propone el Lugdunense á sus discípulos.

23. La biblioteca que el Lugdunense propone á sus discípulos, le convence tambien de poca ingenuidad, por no decir de conocida y refinada malicia. Propone en ella mas de cien obras cuyo veneno es conocido, y así en España muchas de ellas estan enteramente condenadas, otras tachadas, y otras detenidas hasta ser examinadas con diligencia. Ya se teme que se le ha de tachar por esta biblioteca, y previniendo la salida dice en la nota segunda que él no aprueba todo lo que hay en los escritos que cita, siendo algunos de herejes, y que por tanto se lean con cautela. Esto se compone mal con la nota primera, en la que dice que su biblioteca es selecta y de los autores de mas nombre. Porque si las máximas que muchos contienen son peligrosas, ya no es selecta para la instruccion de la juventud, que puede en-

contrar igual enseñanza en otros autores que nada tienen de sospechosos. Pues ¿por qué no propone á estos, y no solo omite, sino tacha á los demas para que no se lean? Véase aquí verificado lo que antes decíamos: que algunos con poca sinceridad edifican con una mano y destruyen con otra. Esto sucede con la nota primera y segunda.

24. Dice que la biblioteca la propone para que usen de ella los ya medianamente instruidos en la teología, y que la instruccion que en sus cursos les proporciona, los pondrá en estado de discernir lo malo y lo bueno de los autores que propone, cuando para conocer los disfrases de muchos es necesario una instruccion cumplida y un talento despejado. ¿No sería mejor que de cada uno en particular hiciera su crítica diciendo v. g.: este es un hereje: en tal tratado aprovecha: en el otro debe leerse con cautela; y así de los demas respectivamente? Esto además de ahorrar mucho tiempo á la juventud excusandola el trabajo de leer lo que despues ha de desaprobado, la desviaba del peligro de que entrando á leer las obras peligrosas sin la competente instruccion por su innata curiosidad quedase ya seducida en la prueba que debe hacer para seguir ó desechar.

25. Omitimos la reflexion que pudieramos hacer sobre que no desecharán muchas obras peligrosas los jóvenes que hubieren quedado imbuidos del curso lugdunense, por hallarlas muy conformes con los principios de este. El afianzar estos con la lectura de aquellas es lo que intenta el arzobispo, y que las semillas que esparce en los ánimos de los jóvenes en su curso, crezcan y arraiguen con el estudio de la biblioteca. Esto quiere y no la verdadera instruccion de la juventud.

ARTÍCULO VII.

Crítica del Lugdunense por las ediciones de que se vale.

26. Semejantes á la biblioteca son varias ediciones de autores sanos que cita en el cuerpo de la obra. Es parte de la erudicion del día el citar las ediciones de los autores. No se puede negar que esto es útil y algunas veces necesario, como cuando en las últimas se ha variado el orden de los tratados ó volúmenes. Pero tambien es cierto que las nuevas ediciones, principalmente de santos padres, son un lazo peligroso para sembrarse en ellas las herejías con tanto mas disimulo, cuanto procuran cubrirse con la capa de su autoridad. Esto sucede unas veces viciando el texto de los santos padres con pretexto de muchas traducciones (*Pol. sec. p. 2, p. 3*). Así lo hicieron los jansenistas en la traduccion de unos sermones de S. Bernardo á la lengua francesa impresos en 1663. En el sermón 20 dice el santo hablando de S. Pedro: *Erat bene instructus; sed parum adjutus*. Y los jansenistas tradujeron: *No le faltaba cono-*

cimiento; pero le faltaban socorros. Estas últimas palabras atribuyen á S. Bernardo una de las cinco proposiciones condenadas. En el sermón 30 hacen tambien decir al mismo santo padre: que el mandamiento de caridad *in actu* es imposible de cumplirse; invirtiendo en la traduccion las palabras del original.

27. Este artificio de ingerir herejías en las nuevas ediciones de los autores sanos se hace mas comunmente en las notas, adiciones, sinopsis, fragmentos, apéndices y disertaciones formadas sobre los originales. En prueba de esto véase la confesion del secretario de Quesnel, Arnaldo José de Brigo, de la causa quesneliana página 435, donde cita á S. Agustín, S. Basilio, S. Ambrosio y S. Leon, y constará la fecha de estos artificios. En los sermones de S. Leon impresos en Venecia en 1748, en las sinopsis del sermón 19 página 7 se dice: *Omnia praecepta continent caritas, qua homo à bestia discernitur*. En la del sermón 30 página 14 se hallan estas palabras: *Petrum et Paulum Petro consociatum, duo praeclara divini seminis esse germina... in Petro et Paulo an aliquid diversum?* Hé aquí que en el resumen de los sermones de S. Leon se le atribuyen dos herejías; pues si sola la caridad nos distingue de los brutos, ¿qué le queda al que de ella carece mas que *cupiditas* ó concupiscencia brutal? Si la autoridad de san Pablo fue enteramente igual á la de S. Pedro, ya tenemos apoyado con S. Leon el delirio de Barcos de *duplici capite* y los demas que le son consiguientes. En la edicion de S. Agustín tambien de Venecia y del mismo año ha habido arte y atrevimiento para introducir una sinopsis de Arnaldo llena de veneno. Aun pudieran añadirse otros ejemplares; pero bastan los dichos para manifestar que las ediciones nuevas son capa de muchos yerros.

28. ¿Y no son varias de estas viciadas de las que se vale el arzobispo en su Teología? ¿Es esto desviar á la juventud de los tropiezos? No; es sí por el contrario ponerse los disimulados para que se asegure mejor la caída. A este fin no sigue el rumbo que otros autores (Masdeu en su obra, Piquer en su filosofía) dando razon al principio de su curso de las ediciones de que usará, porque habia el peligro de que se llamase la atencion viendo como en un punto de vista tantos autores sospechosos y otros modernos y posteriores al origen de los errores de los jansenistas. Era mas disimulado el lazo citándolos en el cuerpo de la obra para que no fuesen conocidas las ediciones sospechosas á vuelta de otras sanas.

PARTE SEGUNDA.

Se convence de jansenista al arzobispo de Leon en su Curso de teología.

INTRODUCCION.

1. Ya queda insinuado en la primera parte

el fin cuya demostracion emprendemos en esta segunda. Al leer los apasionados del Lugdunense las insinuaciones que no hemos podido menos de hacer hasta aquí de las sospechas que da de jansenismo, se irritarán contra nosotros calumniándonos de mordaces y mal intencionados. Habremos de sufrir con paciencia sus dicterios, con la esperanza de que llegarán á desengañarse de que no lo somos, por el conjunto de argumentos que se van á hacer. Enhorabuena que algunos por sí solos no convengan nuestro intento por las salidas y respuestas que podrán oponerles; pero el conjunto de todos no podrá menos de formar demostracion que convenga á quien esté con deseo de desengañarse, de que el Lugdunense es un fino jansenista, tanto mas temible cuanto mas disimulado.

2. Cualquiera que esté medianamente versado en la historia del jansenismo, sabe muy bien que uno de sus principales artificios es la hipocresía y disimulo; con lo que han conseguido y consiguen por nuestra desgracia hacer á la iglesia una guerra tanto mas fatal cuanto es mas peligroso el amigo falso que el enemigo manifiesto. Con esta máxima siendo lo sustancial del jansenismo el calvinismo le han quitado las proposiciones que á primera vista horrorizan á los católicos, siguiendo y enseñando con disimulo aquellas que aparentan menos novedad, y son, para decirlo así, me-

nos perceptibles al vulgo de los cristianos. Con el mismo fin de permanecer ocultos se empeñan en mantenerse en la comunión de la iglesia, por mas que esta los declare por excomulgados, cismáticos y herejes. ¿Quién al leer la historia verdadera de la iglesia de Utrecht no se pasma al ver la obstinacion, que así debe llamarse, de aquellos malvados obispos y presbíteros en querer estar unidos á la iglesia romana, cuando esta no los reconoce y los desecha de sí con innumerables censuras? Siguiendo adelante con el disimulo quieren cubrir sus máximas peligrosas con la capa de la autoridad de S. Agustin: no las declaran abiertamente á gente sospechosa sino con términos oscuros y por explicarnos así de dos caras, para atenerse á aquella que les acomode segun el efecto que obren en los oyentes ó lectores las primeras insinuaciones: las van insinuando con mucha cautela para ir atrayendo la curiosidad de los amigos de novedades é irlos empujando poco á poco en su partido; y las gradúan de importantísimas para reformar la doctrina relajada de la iglesia, como ellos se explican, gloriándose de los mas celosos reformadores. De estos y otros medios se valen los jansenistas para que cunda su veneno sin notarse, como mas largamente puede verse en la *Política secreta del jansenismo* en toda la primera parte y principalmente en los tres primeros medios. (Se continuará.)

HISTORIA.

104. HISTORIA DEL CONCILIO DE TRENTO por el cardenal Pallavicini, traducida al castellano con la aprobacion de la autoridad eclesiástica por D. Manuel M. Nequero y D. Antolin Monescillo, presbíteros y doctores en sagrada teología, y Don Juan Nepomuceno Lobo, doctor en jurisprudencia (1).

El concilio de Trento, ese sacrosanto congreso, el mas memorable que se ha reunido jamas en la cristiandad, ya por las difíciles circunstancias en que comenzó, se continuó y terminó, ya por las arduas y trascendentales cuestiones á que dió feliz cima, bien merecia un historiador imparcial, grave y entendido. Sin embargo quién sabe si careceriamos hoy de una historia digna de tan venerable concilio, si la ponzoñosa pluma de Fray Pablo Sarpi no hubiera escrito una sátira atroz y calumniosa del mismo condecorándola con el nombre de historia. Aun así se transcurrieron muchos años; pero como los herejes declarados y encubiertos

atribuyesen el silencio de los católicos á tácita confesion de la imposibilidad de confutar las descaradas calumnias de Sarpi, fue preciso pensar en rebatirlas con la publicacion de una historia verídica del concilio tridentino. El sabio cuanto modesto Pallavicini, sacerdote de la compañía de Jesus, que luego vistió la púrpura cardenalicia, recibió de sus superiores el encargo de poner manos á una obra larga, penosa y delicada, porque no se trataba solo de escribir lisa y llanamente la historia de aquel concilio (que ya era mucho), sino que habia que rebatir las falsedades y malignas imputaciones del apóstata veneciano, por lo menos las de mas bulto. El habil jesuita venció felizmente todas las dificultades, y concluyó su voluminosa historia levantando con ella un monumento glorioso á su fama, al lustre de su benemérito instituto y á la santidad y pureza de la iglesia católica.

Es muy extraño que en nuestro reino católico por excelencia no se hubiese acometido el publicar una traduccion castellana de la *Historia de Pallavicini*, siendo conocida uni-

(1) Se suscribe á esta obra en las librerías de Calleja, Sanchez, Perez, Rodriguez, Cuesta y Villa.

camente por la version latina que de ella hizo el P. Giattino, religioso de la misma compañía. Por tanto son acreedores á muy justa alabanza y á la gratitud de cuantos se interesan en las glorias del catolicismo, los señores doctores Negueruela, Monescillo y Lobo, que sin arredrarse por lo costoso de la empresa y lo aventurado del buen suceso en dias de tanta penuria se han arrojado á sacar á luz la *Historia del concilio de Trento* traducida por ellos en nuestro idioma.

Hasta ahora van publicadas tres entregas, que comprenden el prólogo de los traductores, la vida del autor, una disertacion del P. Biner, otra de M. Boyer sobre la recepcion del concilio en Francia, la introduccion de Pallavicini, todo el libro I y trece capitulos del II de la *Historia*: en todo *cuarenta y cinco pliegos en 4.º* de excelente impresion. Con verdad podemos decir que hemos leído con mucho gusto estas entregas ya por la propiedad y castizo lenguaje de la tra-

duccion, ya por las juiciosas y eruditas notas con que se ilustran algunos pasajes del texto. No esperabamos ciertamente menos de los traductores conocidos ya en la república literaria; pero siempre es satisfactorio ver confirmadas nuestras mas halagüeñas esperanzas.

Como el mérito de la *Historia* de Pallavicini es notorio, incontestable, no hemos querido aguardar á que acabe de publicarse su traduccion para recomendarla á nuestros lectores. Esto no quiere decir que á la conclusion de la obra no la examinemos detenidamente como merece.

Debemos decir tambien por conclusion que cuando ha habido poco hace en España una pluma temeraria que se atreviera á intentar la publicacion de la calumniosa historia de Sarpi, los traductores de la de Pallavicini prestan un verdadero servicio á nuestra iglesia difundiendo el antidoto por si acaso llegase á derramarse ó se ha derramado subrepticamente el veneno.

NOVELAS.

105. INDIANA: novela escrita en francés por Jorge Sand y traducida al castellano con láminas: dos tomos en 16.

Indiana es una criolla que se ha casado con el coronel Delmare, hombre de edad, celoso y dominante; circunstancias que no le hacen muy amable para aquella joven sentimental y de exaltada y aun corrompida fantasia. Indiana espera un *libertador* y cree hallarle en el caballero Ramière, seductor y causante del horrible suicidio de una criada de la casa. Empiezan pues las intrigas amorosas entre madama Delmare y Ramière, el cual consigue por grados volver á aquella la cabeza hasta el punto de hacerla abandonar el marido para ir en busca del amante. Este, tibio ya ó volando en pos de nuevos objetos, rechaza á Indiana y la abandona á su suerte. Entonces la criolla se resigna á partir con su esposo á la isla de Borbon con propósito de olvidar al mudable amante; pero no bien ha llegado á las playas africanas, retoña la mal amortiguada pasion que el pérfido seductor aviva con sus apasionadas cartas. En una de ellas llama indirectamente á su lado á Indiana, la cual no vacila en abandonar el tálamo conyugal y atravesar los mares para unirse con el malvado Ramière. Mas la infiel esposa le encuentra ya casado, y confusa y desesperada iba á suicidarse cuando la detiene el encuentro de un extravagante inglés, primo su-

yo, que propone la vuelta á la isla de Borbon para consumir ambos el proyecto de suicidio. Parten en efecto para allá, hacen sus preparativos al borde de un abismo, y al fin descubriendo el inglés en una larguísima relacion que desde su niñez amó con entusiasmo á Indiana desisten uno y otro de su negro pensamiento y se resuelven á vivir juntos y en paz y en gracia..... no sabemos de quién. Ve aqui en resumen esta corrompida novela, en que se trastornan los principios de moral, se truecan los frenos como de costumbre llamando virtud al vicio y al revés, se sientan errores trascendentales acerca de la naturaleza y deberes del matrimonio, se profana el santo nombre de Dios mezclándole en escenas de adulterio y proyectos friamente premeditados de suicidio, se pondera y santifica este diciendo con horrible blasfemia *ser la única superioridad que tenemos sobre los brutos*. Esta es la doctrina y estas las máximas que profesa J. Sand en *Indiana*; y sin embargo las jóvenes de nuestros dias leen y releen tal novela como el libro mas inocente. ¿Qué extraño pues que veamos entronizados en la sociedad los vicios mas vergonzosos y los crímenes mas horribles y la virtud escondida y como proscrita en el seno de algunas familias fieles, á quienes preserva Dios como en otra arca del naufragio universal?

Aunque esta novela no se halla incluida

en el *Indice de libros prohibidos* sin duda por la época de su publicacion, bien conocen nuestros lectores que debe considerarse como prohibida.

POESIA DRAMÁTICA.

106. EL REY MONJE, drama original en cinco actos y en verso: su autor don Antonio García Gutierrez.

Las historias nos dicen que don Ramiro de Aragon el monje, abad de Sahagun y luego electo obispo de Burgos y sucesivamente de Pamplona, Roda y Barbastro, sintió los estímulos de la ambicion y aun se llamó rey luego que supo haber muerto don Alfonso su hermano sin sucesion. Como quiera, los aragoneses reunidos en Monzon, anulando el testamento de este que dejaba la corona de Navarra y Aragon á los caballeros templarios y hospitalarios, declararon por su monarca á don Ramiro y le forzaron no obstante la mucha edad á casarse, con dispensacion del sumo pontífice á lo que se cree y dicen algunos autores. Poco tardó en conocer Ramiro que para gobernar un reino y mas en tiempos turbulentos se necesitaba cabeza mas fuerte que la suya; y así negociado el casamiento de su hija única Doña Petronila con el conde de Barcelona hizo dejacion del reino y se retiró á la iglesia de san Pedro de Huesca con deseo de vida mas sosegada. Demas de la poca aptitud para el gobierno (cosa no nada extraña en quien tan diversa carrera y sistema de vida habia seguido hasta allí) reprende la historia en don Ramiro la crueldad cometida con varios grandes de su reino, que acudiendo á la convocacion de cortes señalada en Huesca hallaron la muerte donde creyeron que iban á deliberar sobre negocios de estado. Pero nada se dice de liviandades y torpezas de este monarca antes de subir al solio, ni despues de sentado en él. Sin embargo el autor del drama que censuramos, no hallando en la historia de Ramiro cosa que conviniese á sus miras ni al sistema de su escuela, le representa desde luego como un pisaverde casquivano, que andaba cortejando damas en la corte de su hermano, y por qué tanto tropieza con la hermosa Isabel, hija de don Ferriz Maza de Lizana, se enamora de ella, la galantea, se introduce furtivamente en su casa, y le arrebató el honor y la inocencia merced á la cooperacion y malas artes de una corrompida dueña. Don Ferriz que llega tarde para su honra y temprano para su tormento, averiguado el caso en todas sus circunstancias, manda quitar la vida á la codiciosa Celestina y encierra á Isabel para

siempre en una torre. En seguida se presenta don Ramiro (desconocido igualmente para el padre y para la hija) con cinco hombres embizados para llevarse á la fuerza á Isabel; pero don Ferriz le engaña y le hace entrar en un aposento donde se halla expuesto el cadaver de la dueña Aldonza. Creyendo don Ramiro que la muerta es Isabel se consagra á una vida retirada y penitente en el palacio episcopal de Roda, donde sabe su elevacion al solio por muerte de su hermano Alfonso. Acepta por instancias de la nobleza, de quien recibe homenaje; mas al tiempo de irsele á prestar don Ferriz, como conociese al violador de su hija Isabel se resiste á besar la mano del rey diciendo:

Que no es mi rey
Quien fé no tiene ni honor,
Y mal un trono guardara
Quien mal el honor guardó.

Desde aquel punto se conjura don Ferriz con otros señores descontentos, y empuñan las armas para destronar á Ramiro; mas este lo sabe, manda espiarlos y los prende, siendo el principal causante de haberse deshecho esta faccion don Alfonso, hijo de don Ferriz. El rey castiga con la última pena á los rebeldes aprehendidos, entre quienes se encuentra el padre de Isabel.

En el quinto y último acto aparece don Ramiro convertido en monje del monasterio de san Pedro viejo en Huesca, aquejado de males y abatido de profunda pena por la muerte de Isabel, que falsamente creía haber sido sacrificada por don Ferriz: se niega á hacer ningun remedio para sus dolencias; y manifiesta una desconfianza de la divina misericordia, indigna no digamos de un monje, sino de cualquier cristiano de aquellos tiempos. Este es uno de los yerros de los poetas del día, que creen que en el siglo XII se jactaban nuestros grandes y sabios de esa incredulidad y escepticismo llamado ahora *despreocupacion* y muy en boga entre eruditos á la violeta y literatos de poco fuste. No, entonces podia haber flaquezas y vicios propios de nuestra enferma naturaleza; pero creian en Dios (y permitasenos lo vulgar de la expresion) á puño cerrado lo mismo el rey que el vasallo, tanto el procer como el último pechero. Mas volvamos á Ramiro. Exhortale el abad á que no desconfie de Dios, y él dice que ya es tarde para esperar. Repone el

Abad. Agradecer debierais
Esos males, que Dios para probaros
Os envió tal vez.

Ram. Es tarde, os digo,
Y no teneis en esto que cansaros.
¿Por qué quiso el Señor así probarme
Con males que á mis fuerzas excedian,
Y vida y fuerzas agotar habian?

Abad. Es del Señor la voluntad suprema,
Y murmurar no debe, que es un crimen.
El justo sufre, el pecador blasfema.
¡Blasfemia! ¿Es ese el infernal consuelo
Del que á sufrir sin tregua condenado
Por la piedad de Dios vino á este suelo?
Y otros felices al nacer al mundo
Huellan tal vez entapizada senda
De jardines, de risas y de amores....
Y yo desde la cuna moribundo
Hallé una senda triste, oscura, estrecha
Y espinas y dolor en vez de flores.
Allá muy lejos como luz del cielo
Una hermosa ilusion encantadora
Sonando vislumbre, y esa luz bella
Me reveló que el mundo era apacible:
¡Un mando de placer! para mí entonces
Era un caos tenebroso, incomprensible.

Abad. Lleno de engaños, sí, que al hombre halagan,
Pero corrompen su salud eterna
Con mentirosos sueños que embriagan.

Ram. Si esa vida es un sueño, si es un sueño
Ese mandano amor que al alma inspira;
¡Qué bello es el soñar, aunque es mentiral!

Despues de esta edificante plática de Ramiro se le presenta Isabel cubierta con un velo negro y le pide que la oiga en confesion. Entonces (¡qué indigna profanacion!) se figura en el teatro un altar y un confesonario, y se hace impía parodia de uno de nuestros mas tremendos sacramentos. Isabel dice al libertino moije lo que él sabe demasiado bien; y el temerario poeta no teme poner en boca del que hace de ministro de la penitencia, estos errores y blasfemias:

Enlutada misteriosa,
Ya escuché tu confesion,

Y cual tú no hubiera cosa,
Si eres, mujer, tan hermosa
Como lo es tu corazon.
¿De qué he de absolvarte yo,
Blanca azucena inocente,
Porque infame pie te holló?
Alza del suelo la frente,
Que á Dios no ofendiste, no.
¡Tú veniste á derramar,
Angel puro, en el altar
Las lágrimas del pecado!
Yo tambien, mujer, he amado.
¡Es tan hermoso el amar!
¡Pecado! Dale otro nombre:
Esa es la vida, es la luz....
El mismo Dios, no te asombre,
Murió por su amor al hombre
Enclavado en una cruz.

Apenas puede creerse que haya labios tan sacrilegos que se atrevan á comparar el sublime sacrificio de caridad del Salvador en la cruz con el amor carnal y *punible* de una doncella que atropella la ley divina y los severos deberes de la honra. Hecha esta extraña confesion se reconocen Ramiro é Isabel con harto dolor de entrambos; pero sobre todo de ella. Cuando Alfonso armado de espada y puñal y acompañado de un su amigo entra en la iglesia á buscar al ofensor de su hermana y de su padre, Ramiro es muerto.

¡Qué insulto para una nacion católica por excelencia! ¡remedar en la escena sus sacramentos y ritos, los ministros de su culto y los objetos sagrados de su veneracion! Pues sin embargo se ha representado y representa este drama á ciencia y paciencia de quien puede y debiera prohibirlo. Huyan nuestros lectores de tales espectáculos, y no tomen en sus manos tan monstruosas composiciones sembradas de errores y totalmente faltas ó muy escasas de mérito literario.

LIBROS IMPIOS.

107. EL CRISTIANISMO á descubierto ó examen de los principios y efectos de la religion cristiana: escrito en francés por Boulanger y traducido al castellano por S. D. U. *** un tomo en 8.º

Esta obra que en francés lleva el título de *Le christianisme dévoilé*, se atribuye á Boulanger; pero los críticos piensan que la escribió Damilaville ó el baron de Holbach, ambos sectarios de la escuela filosófico-impia del siglo anterior. Sea de quien quiera, es un libelo inmundo contra Dios, contra nuestro divino Salvador, su madre santísima, los dogmas, misterios, sacramentos, moral y prácticas del cristianismo. Nuestro Dios segun el sacrilego autor es un tirano, un pícaro (asi lo dice expresamente): Jesucristo, fruto de un

amor criminal, un mágico ó un salteador de caminos y capitan de ladrones: la Virgen purísima y sin manecilla una mujer prostituida: los apóstoles unos ignorantes vagamundos: el pueblo judío un enjambre de hombres feroces é ignorantes, supersticiosos y sanguinarios, capitaneados por astutos sacerdotes ó reyes crueles y ambiciosos. El cristianismo es para el libelista impio un cúmulo de supersticiones, imposturas, falsos dogmas y ridículos y absurdos misterios, inventados y propagados primero por unos ignorantes vagamundos y luego por sagaces y codiciosos sacerdotes. El mundo, si se le ha de creer á él, era antes de la venida de Jesucristo un verdadero paraíso terrenal; pero desde entonces, y sobre todo desde que se convirtieron los

emperadores romanos al cristianismo, ha causado estas calamidades y horrores sin cuento, y ha hecho derramar torrentes de sangre. La revelacion, los milagros, las profecias y signos sobrenaturales con que nuestra religion se distingue de las sectas falsas, son para el autor patrañas urdidas por los sacerdotes y creidas por el vulgo preocupado: en cuanto á los mártires, si bien confiesa que los ha tenido el cristianismo, dice que se exagera su número y que no hay religion que no los cuente. Nuestros libros sagrados le parecen una compilacion de fabulas horribles, de ideas abominables de la divinidad y de contradicciones chocantes; obra mas propia de un genio maléfico que de un Dios interesado en la conservacion y felicidad de los hombres; y hablando del *Génesis* dice á la p. 100:

«A la cabeza de esta coleccion que sirve de fundamento y código á la religion cristiana, hay cinco libros atribuidos á Moisés, que segun dicen no era mas que el secretario de la divinidad cuando los escribió. En ellos trata de las cosas desde su origen: nos quiere iniciar en el misterio de la creacion del mundo, al paso que él no tiene mas que ideas vagas y confusas que indican una profunda ignorancia de las leyes físicas.»

Quien muestra una ignorancia profundísima y un descaro sin igual es el execrable autor de este libro pestilente: ¿qué dirian ahora él y otros compañeros suyos si vieran que los progresos de la física y astronomía y la geología han venido á confirmar plenamente la verdad y sabiduría del historiador sagrado evidenciando al mismo tiempo la certeza de la cosmogonia de la Biblia? ¡Qué confusion para un hombre honrado! Pero ya sabemos que los filósofos impios ni se pican ni se corren, y lo que es peor, rara vez se arrepienten de sus funestos errores.

La moral divina del Evangelio y las virtudes sublimes de sus discípulos se zahieren y ridiculizan de mil maneras diversas, y se representa la moral cristiana como contraria á todos los principios de rectitud y probidad, perjudicial á la sociedad pública y doméstica, destructiva de la justicia, del orden, de la paz y amor en las familias, en fin mucho peor que la de los *pueblos infieles y salvajes*. En cuanto á las virtudes de nuestra religion oigamosle:

«Examinadas con cuidado las virtudes que el cristianismo recomienda, se verá que solo presentan el distintivo del entusiasmo: que son poco conformes al hombre, que le sacan de su esfera; que son inútiles á la sociedad; que muchas veces producen tristes consecuencias; y por último en los preceptos ó consejos tan decantados de Jesucristo solo se hallarán máximas exageradas é imposibles en la práctica, reglas que seguidas á la letra serian perjudiciales á la sociedad; en los preceptos que son fáciles de practicar, nada se encon-

trará que no conociesen mejor que nosotros los sabios de la antigüedad sin el auxilio de la revelacion (P. 127).»

En este capítulo se dice que el sacrificio de Jesucristo fue con propiedad un *suicidio*, y que el cristianismo le autoriza, á lo menos indirectamente, porque prescribe la mortificación y penitencia.

La iglesia y los sacerdotes de Cristo, las prácticas y deberes del cristiano suministran materia al autor para verter en dos capítulos la hiel que todavía le quedaba después de haberse desahogado bien en los anteriores. También examina por separado los *efectos políticos de la religion cristiana*, y juzgando el menguado que su palabra seria mas poderosa y creida que la historia de diez y ocho siglos y la experiencia diaria, no tiene reparo en asentar que el cristianismo fue siempre enemigo de las ciencias y del saber: que sus máximas se dirigen á que los hombres sean intolerantes, los soberanos persecuidores y los súbditos esclavos ó revoltosos; y en fin que una religion cuyos oscuros dogmas son objeto de eternas disputas, y cuyos principios amilanán á los hombres y los distraen de que piensen en sus verdaderos intereses, no puede menos de ocasionar la destruccion de toda sociedad. ¡Qué osadía! ¡Qué mala fé!

No podemos menos de advertir por conclusion que el autor de esta obra escrita sin duda alguna en el último tercio del siglo anterior pone un estudio especial en dirigirse á menudo á los monarcas como amigo, y aconsejarles la destruccion ó á lo menos el avasallamiento del cristianismo y sus sacerdotes, por ser enemigos el uno y los otros de la potestad soberana y de la independencia y prosperidad de las naciones. ¡Taimados hipócritas! Mientras no sonaba la hora de la revolucion, todo era afectar amor y zelo hácia los reyes para ganarlos y hacerlos *filósofos*; mas así que desencadenado el huracan revolucionario cayeron unos tronos y se conmovieron todos, los antes entrañables amigos de los soberanos se pasaron de la otra banda y se hicieron declarados y furiosos enemigos. Ya se ve, el hecho de la revolucion era un medio mas expeditivo y seguro que las exhortaciones y prédicas en los libros.

La santa sede por decreto de 26 de enero de 1823 condenó *Le christianisme dévoilé ou examen des principes et des effets de la religion chrétienne*, que es el mismo libro que acabamos de examinar.